



III

EL OJO DE BERMÚDEZ PELECHES

EL retrato de Nacho llegó á Sevilla, días andando, con una carta del flamante jurisperito para Nieves, y otra de su madre para don Alejandro, y la fotografía de Nieves salió para Méjico con una carta de ésta para su primo, y otra de su padre para Lucrecia.

Lo de esta hembra denodada, había lle-

gado ya á su grado máximo. Para escribir lo poco que escribía á su hermano, tenía que ingeniarse metiendo la barriga debajo de la mesa; y aun así apenas alcanzaba con la mano al papel. Era una boya que no cabía ya en ninguna parte, ni concebía otra postura, relativamente cómoda, que la de las boyas, flotando, la cual era irrealizable, tan irrealizable como su viaje á España, si Dios no hacía el milagro de enflaquecerla una tercera parte cuando menos, en lo que faltaba de primavera, para poder embarcarse en los primeros meses del verano. Poniéndose en lo peor de lo probable, era cosa resuelta ya que viniera Nacho solo á conocer á su familia de España, y á dar, de paso, un vistazo á lo más importante de los Estados Unidos y de Europa. Tal era el proyecto acordado allá, y se realizaría á mediados del verano. También Nacho hablaba de ello á su primita; pero ¿en qué términos?

Esto es lo que deseaba averiguar don Alejandro; porque es de saberse que Nieves, desde dos años atrás, no leía á su padre las cartas que la escribía su primo, ni tampoco

los borradores de las que ella le escribía á él. Los dos hermanos Bermúdez Pelechés continuaban en perfecto acuerdo sobre cierto plan forjado desde que los respectivos hijos eran pequeñuelos. Pero ¿conocían los hijos los proyectos de sus padres? ¿Los tenían por buenos y los habían aceptado con gusto? Don Alejandro podía jurar que de sus labios no había salido una palabra dirigida á Nieves, con intento de descubrirselos. Su hermana Lucrecia aseguraba lo propio con relación á su hijo. ¿Sería verdad? Y siéndolo, ¿habría nacido la misma idea entre los dos primos, á fuerza de cartearse y de cambiarse los retratos... ó por obra de ciertos diablejos desocupados que se divierten trayendo y llevando por los aires é ingiriendo en este oído y en el otro el rumor de las confidencias más secretas, y hasta el polvillo de los pensamientos mejor guardados? En su concepto era llegada la hora, medio anunciada días atrás á su hija, de tratar con ella de este peliagudo caso. La fortuna se la puso á tiro, en el acto de colocar Nieves el retrato de su primo en un elegante marco de *peluche*

rojo, y tomó pretexto de ello para entrar en materia...

— Te repito — la dijo — que le está de molde el vestido ese.

Nieves, sin volver la cara hacia su padre, alejó el retrato que tenía puesto ya en el marco; y después de contemplarle unos instantes con los ojos un poco fruncidos, plegó otra vez el brazo y respondió con la mayor indiferencia mientras dejaba el cuadro sobre el mueble más próximo:

— No está mal así.

Lo propio que ya había dicho otra vez, como se recordará, y sin que nadie se lo preguntara.

Con igual frescura y la misma indiferencia, respondió al largo y malicioso interrogatorio con que su padre la estuvo asediando un buen rato.

— Y ¿qué tal de estilo? — llegó á preguntarla. — ¿Se ha corregido algo de aquellas melopeas guachinanguitas desde que yo no leo sus cartas?... Porque bien sabes tú que, de dos años acá, lo menos, ya no me las enseñas, como me las enseñabas antes... ¡Picarona!

Ni por esas. Nieves no se puso colorada ni se apuró lo más mínimo. Respondió lisa y llanamente que allí estaban las cartas, si quería leerlas, y que si no le había ense-



ñado las recibidas durante los dos últimos años, consistía en que precisamente era ese el tiempo corrido desde que ella había caído en la cuenta de que no tenía sustancia maldita la retórica de su primo.

¡Canástoles! ¡y se lo decía tan fresca y tan...! Pues para fingimiento y embustaría, ya pasaba de la raya aquello; y si le hablaba en verdad, le quedaba por andar todo el camino para llegar adonde se dirigían él y su hermana desde tiempos bien lejanos. ¡Por vida de...!

Tocó en seguida otro registro nuevo: Peleches. Cómo era aquella casa, qué habitaciones tenía, cuál de ellas sería más á propósito para Nacho y cuál para ella, para Nieves, según lo que aconsejaba el buen sentido... y también las circunstancias. (Esto de las circunstancias lo subrayó muy fuerte, hasta temblarle un poco la voz y los párpados del ojo bueno.) Nieves bajó entonces un tantico los suyos; y mientras daba golpecitos con los dedos de su diestra en el cristal del retrato de su primo, con la otra mano deshojaba, sin percatarse de ello, una de las flores del manojito que llevaba prendido sobre el pecho. Por allí dolía, según las señales que no pasaron inadvertidas para el ojo de Bermúdez. Pues ¡duro allí, canástoles, hasta que sangrara! Y se ensañó el buen hombre, fantaseando

cuadros domésticos, idílicos y bucólicos; pero ¡cosa rara! cuanto más clamoreaba la zampoña de Virgilio y Garcilaso, más indiferente y fresca iba mostrándose Nieves. ¡Cómo demonios era aquello? Acabó por perder la paciencia y los estribos, y se tiró á fondo con estas preguntas:

— En fin y remate de todo este fregado, hija mía: á ti ¿te interesa algo ó no te interesa la venida de tu primo? ¿te da igual que viva con nosotros ó con los parientes de Villavieja? ¿que coja ley á la casa y á las personas de Peleches ó que no se le dé un ochavo de cominos por ellas? ¿que se marche aburrido á los ocho días de llegar ó que no se deje arrancar de allí ni con azadones y agua hirviendo? ¿que sea un borreguito de mieles para ti ó que no le merezcas mayor estima que un costal de paja? Responde, y entendámonos.

Como el ojo de Bermúdez flameaba algo y su hablar era vehemente y su acento un poco duro, Nieves, con estos síntomas y bajo el peso abrumador de tantas y tan delicadas preguntas, quiso responder, pero con la debida cordura, y no supo. Ataru-

góse mucho, sofocóla el trance inesperado, y acabó por no saber de qué lado sentarse ni en qué sitio fijar la vista de sus turbados ojos.

— Entendido, hija mía, entendido, — exclamó al punto su padre, que no desperdiciaba síntoma ni detalle. — Entendido de pe á pa, como si los mismísimos angelitos del cielo me lo cantaran al oído. Entendido — añadió levantándose de la silla en que se sentaba — y no se hable una palabra más. ¡Ah, qué torpe y qué simple y qué bárbaro fuí empeñándome en que se me pusiera en las palmas de las manos lo que no debe ser mirado sino con los ojos de allá dentro!... ¡Qué sabes tú de esas cosas tan quebradizas, tan escondidas y tan hondas, ni con qué vergüenza te atreves á echarles la zarpada brutal para revolverlas y profanarlas?... Perdóname, hija mía, siquiera por la honrada intención que tuve al ponerte en el apuro en que te puse. Quédate con tu secreto que te acredita de juiciosa, y no se habla más de esto hasta que tú lo desees. A mí con lo callado me basta. Un beso ahora para sellar las paces, y adiós.

Se adivinan la temperatura del beso y la calidad de la sonrisa con que despidió Nieves á su padre.

El cual, andando hacia su despacho, resumía y salpimentaba de este modo los frutos de su terminada indagatoria:

— Se ve y se palpa. No cabe la menor duda. Está en inteligencia perfectísima con su primo; y no por sugerencias extrañas ni por consejos officiosos de nadie, sino por nacimiento espontáneo, ó providencial, de esa idea ó de ese sentimiento, en la cabeza ó en el corazón de entrambos; circunstancia que dobla el interés y el valor de la cosa. Nachito, según las incesantes afirmaciones de su madre, no tiene tacha en su moral, y según lo declaran bien palpablemente sus retratos, tampoco la tiene en su físico. De caudal, no se hable: será una mina de oro acuñado. Nachito, con estas condiciones y prendas tan ventajosas, hoy por hoy, entiéndase esto bien, hoy por hoy, reina en el corazón y en la cabeza de su prima. La cabeza y el corazón de Nieves, hoy por hoy... hoy por hoy digo, están como dos tablitas de cera virgen: lo

que en ellas se imprima, allí se quedará por los siglos de los siglos, si no se borra con la impresión de otro muñequito nuevo que estampe alguna mano alevosa. Un padre, de los ramplones de tres al cuarto, no hubiera parado mientes en este particular delicadísimo; y por lo mismo que veía á su hija precozmente desarrollada en lo físico y en lo intelectual; por lo mismo que la veía transformada, de la noche á la mañana, en mujer, y en mujer donairosa, elegante y llamativa, con todos los elementos á propósito para brillar y divertirse honradamente en el mundo, «al mundo con ella antes con antes», se habría dicho; y en el mundo la habría zambullido de golpe y porrazo... ¡Ah, padre bobalicón y mal aconsejado! ¡Quién es capaz de predecir lo que será de los pensamientos y de las inclinaciones y hasta de los caprichos de tu hija, respirando un ambiente que jamás ha respirado, y sin armas para defenderse en una región que nunca ha visto, llena de tentaciones y de estímulos que han de cebarse en su desapercibida naturaleza, como los mosquitos en el almíbar? Y si tienes en

algo lo que lleva ya estampado en sus tablitas de cera, ¡quién te asegura á ti que no será borrado por la impresión de otra cosa, y que esta nueva impresión no resultará llaga maligna y enfermedad incurable? Pues bien: yo, aunque con un ojo solo, he guipado más que tú, que tienes los dos servibles, en ese delicado particular; y porque vi á Nieves precoz y que tenía algo que guardar en su almarío, algo muy bien estampado en sus tablitas de cera, precisamente por eso, en lugar de meterla ahora en las bullangas del mundo y sus esplendores engañosos, me la llevo á las soledades de Peleches, donde corre el aire libre y puro, y hay luz sin estorbos y naturaleza en toda su grandiosidad, para que nutra la sangre y fortalezca el espíritu, y se endurezca la cera y no se borre á tres tirones lo que en ella hay estampado; á Peleches, ciego, á Peleches, donde ni en ambiente ni en costumbres se hallará, aunque se busque de intento, cosa que pueda tentar á la inexperta doncella para torcer y malear la índole de sus ideas ni la dirección de sus juiciosos pensamientos. Y si al fin de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cdad. 1625 MONTERREY, MEXICO

010476

jornada resulta que no merece su primo los que ella le viene consagrandos, tanto mejor para que lo conozca así y no la mate ni la alucine la pesadumbre... ó el despecho del desengaño. Esto es jugar á pulso y con tino y delante de la cara de Dios; esto es, en suma, llevar las precauciones y el celo y el tacto hasta donde humanamente pueden llevarse. Con ello cumplo como padre avisado y como padre cariñoso; y así me encuentro satisfecho, lo que se llama satisfecho hasta la hartura... ¡Canástoles! y á la porra lo demás.

Pues bueno: si las exploraciones de don Alejandro Bermúdez Peleches en los profundos de la conciencia de su hija, tan alarmantes por lo aparatosas, las hubiera hecho, con su llaneza habitual, Virtudes, por ejemplo, la íntima de Nieves en el colegio, Nieves, por derecho y á la buena de Dios y con el laconismo que ella usaba, habría satisfecho la curiosidad de Virtudes en la siguiente forma, palabra más ó menos:

— Desde que sé leer y escribir, tengo yo sospechas de que papá y mi tía Lucrecia

quieren que sirvan *para algo* las cartas y los retratos que nos mandamos tan á menudo Nachito y yo. Chiquitín era él, y ya me requebraba. Se lo reprendí muchas veces, no precisamente porque me requebraba, sino por el modo de requebrarme. ¡Me decía unas cosas tan pegajosas! Figúrate que hasta me llamaba *huerita*, porque soy rubia. Él tomaba las reprensiones á broma, y apretaba el requiebro; y papá, que entonces leía las cartas, las que iban y las que venían, celebraba mucho estas peleas y me aseguraba que, con el tiempo, irían teniendo más sustancia los donaires de mi primo, y que entonces ya me gustarían. Por de pronto me ponía en las nubes su hermosura, y me leía las cartas en que su madre le ponía sobre el sol, por el cuerpo y por el alma. No tenía pero ni por dentro ni por fuera. A mí lo mismo me daba. Creímos los dos, él entró en la universidad y yo en el colegio. Como pollo guapo, lo era de verdad entonces; y por lo que toca al estilo, algo se había corregido en lo meloso, pero todavía se pegaba. En el colegio hay que entregar y que recibir abiertas las

cartas, para que se entere de su contenido la Madre que entiende en esas cosas. Pues á mí me las recibían y me las entregaban cerradas, por encargo terminante de papá; con esto y con haberme advertido él que no interrumpiera mi correspondencia con Nachito á pesar de mis ocupaciones de colegiala, me afirmé más en creer que algo se andaba buscando en el empeño de que nos carteáramos á menudo y en secreto el mejicanito y yo. El tal mejicanito, según iba creciendo y estudiando, iba ahondando, aunque no mucho, en los asuntos de sus cartas; pero á mí me seguía sonando todo ello á música de gomoso, y por ese lado me despachaba con él. Así llegamos los dos, Nacho al fin de su carrera y yo á salir del colegio, sin haberme dicho él nunca cosa alguna en serio y formalmente, y sin echarla yo de menos ni extrañarme de que no me la dijera. Que continúa siendo guapo y hombre de bien y es muy rico, y va á venir á España para vivir con nosotros y conocer á su familia... no me pesa nada de ello. Que viene con intenciones declaradas de que resulte lo que yo sospecho que

se han propuesto sus padres y el mío... eso será lo que sea y según yo esté de humor, y me llene él ó no me llene. Que estando así las cosas, le desfiguran las viruelas, ó resuelve no venir ni acordarse más del santo de mi nombre... pues tal día hará un año. Sentiré lo de las viruelas, como se siente una desgracia en un amigo que es pariente además; pero en cuanto á lo otro, una agradable curiosidad de menos, y santas pascuas.

— Corriente, — diría entonces la curiosa Virtudes, deseando conocer hasta el último escondrijo del almario de su amiga. — Nada te inquieta, nada te apura, y vives en la mayor tranquilidad, por lo que toca á tu primo el mejicano; pero á la edad en que te hallas, con la salud y la belleza que posees, recién salida de la prisión del colegio, lo adorada que te ves de tu padre, tan rico y tan complaciente y tan campechano, ¿qué demonio es el que más te tienta ahora?... Porque alguno ha de tentarte, ó es mentira que el demonio no sosiega. ¿Cuál es tu mayor ambición por de pronto? ¿qué es lo que con mayores ansias apetece y deseas?

Sin titubear hubiera respondido Nieves:
 — Aire, luz, independencia, ruido de arboledas y música de pajarillos. Sé que hay grandes ciudades llenas de maravillas, para admiración y recreo de las personas ricas y desocupadas, y que las mujeres de nuestra clase brillan y gozan entre los placeres de su mundo. Todo eso está bien donde está, pero hoy no me tienta, porque no lo echo de menos todavía. Si me metieran entre ello, lo aceptaría sin grandes repugnancias; pero puesta á elegir, me quedo con lo otro que me gusta más ahora, y sin temor de que me engañe el pensamiento, porque bien sabes tú que siempre fuí muy inclinada hacia ese lado. Y no hay más.

Y no lo había, realmente, en los adentros de la pobre muchacha, tan mal comprendida por su padre en ese particular... y en algún otro, pues no debe olvidarse que el arrechucho gordo de don Alejandro Bermúdez Peleches, nació de haberla visto, de súbito, vestida de mujer, con unos fulgores y unos centelleos y un poder incendiario que le metían miedo; y hay que dejar bien

declarado, hasta por obra de justicia, que no había en la naturaleza física de Nieves el menor detalle que no estuviera en cabal armonía con el sosegado equilibrio y la honrada disciplina de su conciencia moral.

Efectivamente: ese equilibrio y ese sosiego y esa honrada disciplina, y no otras cosas más feas, acusaban el tranquilo y hondonar de sus rasgados ojos azules, su boca tan bien plegadita y tan fresca; la blancura nacarada de su tez, la riqueza sobria y elegante de los contornos de su busto, la finura de su talle



y el aplomo reposado y la gallardía de su andar.

No era alta ni daba en cara por hermosa; pero sí por *interesante* en sumo grado. La única nube que oscurecía á menudo la transparente claridad de su semblante, era un repentino fruncimiento de su lindo entrecejo; pero este detalle, como efecto mecánico de una extremada sinceridad de pensamientos y de impresiones, no daba á la expresión de su mirada el menor acento de dureza. Era sana como un coral, muy ingenua, sobre todo, y diligente y animosa. Pintaba un poco, tocaba regularmente el piano, y leía con gusto los buenos libros de imaginación. No era una artista; pero sentía y saboreaba el arte á su manera.

¡Y el bendito de su padre, sin acertar á leer lo que estaba tan á la vista en aquel libro tan abierto!

Pensando como se ha visto, llegó Bermúdez á su despacho; y manoseando la correspondencia que el ama de llaves había dejado sobre su pupitre mientras andaba él á caza de los secretos de Nieves, topó con una carta que traía el sello de la adminis-

tración de correos de Villavieja. Alegróse mucho de ello, y se sentó para leerla con toda comodidad, porque prometía, por el bulto, ser bastante larga.

Abrióla, y lo era en efecto. La firmaba don Claudio Fuertes y León, y decía lo que podrá ver el lector, si es curioso, en el siguiente capítulo.

